

ven precisados á huir se llevan hasta los muertos. Pero en general sus inclinaciones de cariño son tan variables como ellos mismos; basta estudiar un poco la fisonomía del mono para convencerse de esto: la movilidad constante de sus facciones, de sus ojos, de su boca, pinta todo su carácter, sucediéndose unas á otras las expresiones mas variadas; amabilidad y rabia, probidad y malicia, sensualismo, gula, concupiscencia, en fin, todas las cualidades y pasiones buenas y malas se retratan en su fisonomía, y á pesar del movimiento

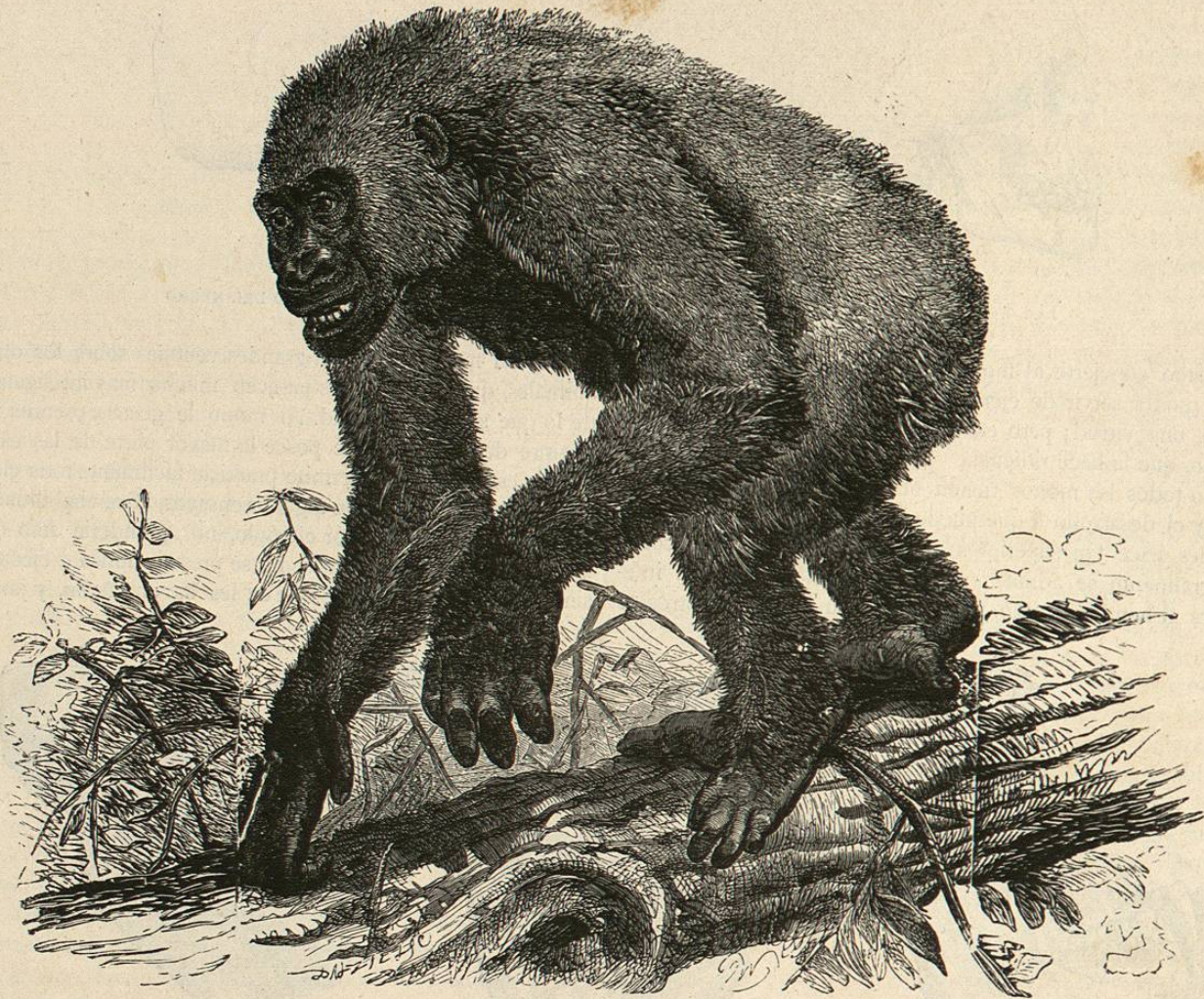


Fig. 14.—EL GORILA

por ejemplo, cuéntase que los naturales de Guianar, cuando van á caza de estos animales, vacian una calabaza practicando una abertura suficiente para que puedan meter la mano los que desean coger algo, pero demasiado estrecha para que les sea posible sacarla si está llena y cerrada. Hecho esto cubren el fondo de la calabaza con azúcar y frutas y se la echan á los monos, que ansiosos de coger su manjar favorito, hacen esfuerzos para introducir la mano por la estrecha abertura, apoderándose de una parte del contenido con tal avidez que se dejan coger por el hombre antes que abandonar la presa. Tan grande es el imperio que ejercen las pasiones hasta sobre los monos mas prudentes, del mismo modo que sobre tantos hombres, dudando si esto nos da derecho para menospreciar sus facultades intelectuales.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—En las épocas geológicas anteriores se hallaban los monos diseminados por una parte de la superficie de la tierra mucho mayor que la de nuestros días. Vivían en el sur de Europa, en Francia y en Inglaterra. Los monos buscan siempre países cálidos,

continuo de esta, parece, sin embargo, que no puede corresponder nunca en velocidad á las transiciones bruscas y caprichosas del espíritu del mono.

Lo mas notable es, que todos los monos, á pesar de su inteligencia, se dejan coger y engañar de la manera mas tonta que darse puede. Como esta inteligencia está dominada con frecuencia por una extremada glotonería, apenas se excita esta, caen ciegamente en los lazos mas toscos, y olvidan completamente su seguridad para satisfacer su apetito. Así,

siendo el calor para ellos una condicion vital. Solo hay algunos cinocéfalos, que viven en las montañas, donde soportan una temperatura mas baja de lo que generalmente se cree. Casi todos los otros monos son muy sensibles al frio. Cada parte del globo tiene sus especies particulares: el Asia y el Africa poseen algunas en comun, hecho que se explica por la situacion de ambos paises. En Europa apenas se encuentra hoy una especie, de la que solo existe una tribu en las rocas de Gibraltar que vive protegida por la guarnicion. Por lo demás Gibraltar no es el sitio mas septentrional, donde se encuentran monos, pues en el Japon hay una especie que avanza aun mas hácia el norte hasta los 37° de latitud. En el sur del antiguo continente, los monos alcanzan poco mas ó menos á los 35° de latitud; en el nuevo se han acampado entre el 28° norte y el 29° sur.

La distribucion geográfica de cada especie es bastante limitada; pero se pueden encontrar en las regiones lejanas de una sola y misma parte del mundo especies que tienen entre sí mucha semejanza.

La mayor parte de los monos vive en los bosques y tan solo algunos habitan en las montañas pedregosas. La conformacion de su cuerpo denota que trepan fácilmente, y así se explica que vivan de preferencia en los árboles, á donde no suben los moradores de las rocas sino en caso de peligro, porque son muy torpes para saltar por las ramas.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—De todos los

mamíferos, no hay otros tan movibles ni tan inquietos como los monos: cuando van á buscar su comida no descansan ni un solo instante, si bien es cierto que la misma variedad de las sustancias de que se alimentan les obliga á estar en continuo movimiento. Les gustan todos los comestibles: la fruta, las cebollas, los tubérculos, las raíces, los granos, las nueces; las hojas tiernas y los tallos jugosos forman la parte principal

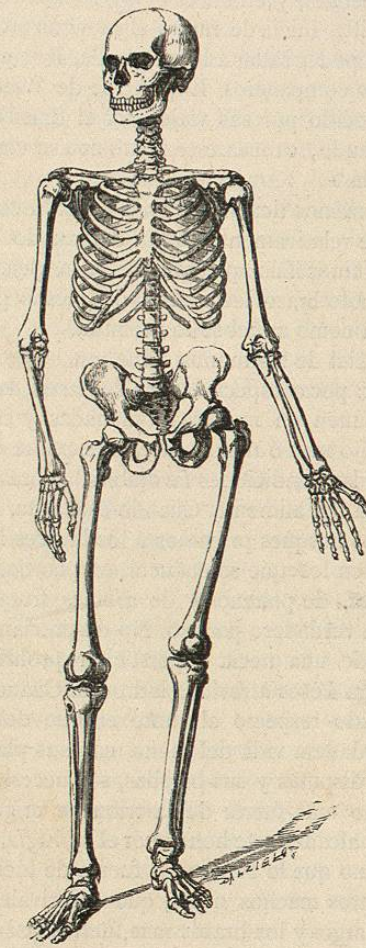


Fig. 15.—ESQUELETO DEL HOMBRE

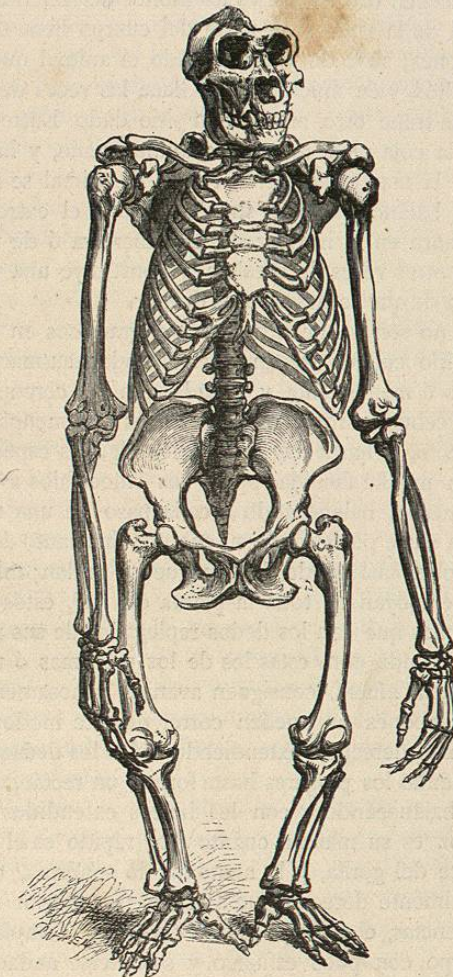


Fig. 16.—ESQUELETO DEL GORILA

de su alimento; no desprecian los insectos, y los huevos, pajarrillos, etc., son para ellos verdaderas golosinas. Los monos tienen siempre algo que examinar, recoger, probar, comer ó tirar; se comprende bien que para esto sea preciso moverse mucho. Vigilan con suma atencion su alimento y ni aun el elefante está libre de sus ataques, cuando se atreve á comer á la mesa de los monos, mesa que está representada por todo un bosque.

Estos ladrones tienen ideas muy limitadas acerca de la propiedad, y hé aquí porqué dicen los habitantes del Sudán oriental: «Nosotros sembramos y los monos cosechan.» Los campos cultivados y las huertas son para ellos sitios predilectos, que ponen siempre á contribucion; y verlos allí, si bien es un recreo, es tambien una verdadera desgracia. Cuando no se les molesta, cada mono destruye diez veces mas de lo que come; tan solo el indio piadoso, ó mejor dicho, supersticioso, puede tolerar á los monos, pues todos los demás pueblos los aborrecen profundamente. Para semejantes merodeadores no hay cerrojos ni cerraduras que basten, y mucho menos pueden servir para contenerles los vallados y las cercas; recorren los unos, franquean las otras y se llevan todo cuanto pueden comer, tampoco perdonan el oro ni las piedras preciosas. Es

preciso haber presenciado una irrupcion de monos para comprender la desesperacion y la rabia del cultivador á quien dejan arruinado.

Para una persona indiferente el espectáculo que ofrece el continuo movimiento que los anima, cuando emprenden una de sus correrías, no deja de ser curioso en demasia. Corren, saltan, trepan, gesticulan y hasta nadan, cuando la necesidad les obliga á ello. Los ejercicios que hacen en las ramas de los árboles exceden á todo lo creíble; únicamente los orangos y los cinocéfalos son muy pesados: todos los demás son verdaderos juglares ó titiriteros y hasta se diría algunas veces que vuelan. Saltos de veinte piés y aun de treinta no tienen nada de particular para ellos; desde la copa de un árbol, déjense caer sobre una rama, que se halla á dicha distancia vertical, y al doblegarse aquella bajo su peso, el mono aprovecha la oscilacion para dar otro salto tan grande como el primero. Cuando cruzan el aire con la rapidez de una flecha, llevan la cola ó las piernas extendidas y les sirven de timon, y apenas tocan al suelo, atraviesan la mas enmarañada espesura con tanta facilidad, como si anduvieran por un terreno llano; una planta trepadora es para ellos una escalera; el tronco del árbol un camino trillado. Los monos

saltan con la cabeza alta ó baja, echada hácia atrás ó hácia delante; andan por encima ó por debajo de las ramas, y cuando quieren subir á la copa de un árbol, cogen con una mano la primera rama que encuentran, esperando á que esté inmóvil para continuar su camino hácia arriba con la misma facilidad que si anduvieran por el suelo. Si la rama se rompe, se agarran á una segunda y despues á otra y otra, no asustándoles nunca una caída. Lo que no pueden coger con las manos, lo cogen con los piés, y los monos de América se sirven tambien de la cola. Esta parte del cuerpo llena toda clase de funciones; sirve de timon cuando el animal quiere dar grandes saltos, y en muchos casos hace las veces de escalera para que trepe otro mono á un sitio dado. Entre los cuadrumanos la cola viene á ser una quinta mano, y hasta podría decirse, la mas principal de todas. El animal se suspende de ella, balanceándose á su placer; con el extremo busca su alimento en el interior de una abertura ó de una grieta; le sirve otras veces de escalera, y constituye una verdadera hamaca de que se utiliza para dormir.

Los monos no son realmente ligeros y graciosos en sus movimientos sino cuando trepan, pues al andar, su marcha es siempre mas ó menos lenta y pesada. En los cercopitecos, macacos, cebus y arctopitecos, es en los que menos se nota este defecto, y hasta hay entre ellos algunas especies que andan con mucha facilidad; pero los cinocéfalos avanzan trabajosamente, balanceando á cada paso de una manera ridícula la parte posterior de su cuerpo. En cuanto á los monos arborícolas, casi puede decirse que no andan; mientras los otros se apoyan en toda la planta del pié, estos no tocan el suelo mas que con los dedos replagados de sus manos, y solo uniendo con estas los de los piés, mas ó menos vueltos hácia afuera, consiguen avanzar penosamente. Solamente los gibones no pueden correr de este modo; al contrario caminan derechos, extendiendo todos los dedos de los piés y abriendo los pulgares hasta formar un rectángulo; se sostienen balanceándose con los brazos extendidos; y tanto mas veloz es su marcha cuanto mas rápido es el balanceo. Se dice del gorila, y la anatomía lo confirma, que anda mas fácilmente derecho que á cuatro piés. Segun mis propias experiencias, el tshego puede enderezar completamente su cuerpo con poco esfuerzo y sostenerse andando derecho mas tiempo que cualquiera de los otros monos que he podido observar. Tambien los ateles pueden caminar en posición erguida, pero cuando no pueden ya mantener el equilibrio de las manos, se dejan caer al suelo, y cuando necesitan correr, ya por ser perseguidos, ya porque quieren prepararse para la lucha, se sirven siempre de sus cuatro patas.

Los monos de ciertas especies nadan muy bien, pero los de otras se hunden en el agua como un plomo. Entre los primeros, distingüense los cercopitecos, de los cuales he visto algunos atravesar el Nilo con notable rapidez y seguridad. Los cinocéfalos por el contrario, así como los monos aulladores, no saben nadar, y por esto les inspira tanto temor el agua. Uno de mis cinocéfalos se ahogó cierto día que le hacíamos tomar un baño; y se ha dado el caso de encontrar á toda una familia de monos aulladores, medio muertos de hambre, sobre un árbol cuyo tronco estaba rodeado de agua á consecuencia de una inundación. Sobrecogidos de temor, aquellos animales no se atrevieron á buscar su salvación en otro árbol que apenas distaba sesenta pasos. Ulloa, que tanto ha escrito sobre los animales del Brasil, inventó para estas pobres bestias sin inteligencia un bonito puente que de seguro prestaria excelentes servicios si los monos quisiesen hacer uso de él. Cuenta, que cuando los monos aulladores quieren pasar un rio, tienen la costumbre de formar una espe-

cie de cadena viviente. Esta se hace cogiendo cada mono la cola del otro; el último de estos y el primero se cogen, este por la cola, y aquel con las manos, á dos árboles tan distantes uno de otro, cuanto la longitud de la cadena, empezando despues un movimiento de balanceo, que se continúa hasta que la fuerza de impulso obtenida por este medio sea tan grande, que el último mono, soltándose del árbol á que estaba cogido, puede alcanzar otro en la orilla opuesta; por esta cadena de eslabones animales pasan todos los monos pequeños y débiles, y entonces el que estaba cogido al árbol de la otra orilla, inicia de nuevo el movimiento de impulso, para á su vez poder saltar á la otra orilla, llevando en pos de sí á todos sus compañeros. El principe de Wied (naturalista alemán, conocido por sus viajes por el Brasil), observador muy concienzudo, califica este relato con su verdadero nombre de «fábula.»

Todos los monos tienen una gran fuerza muscular y levantan pesos que relativamente serian demasiado grandes para nosotros; un cinocéfalo que yo tuve, se suspendia varios minutos de un solo brazo, levantando despues su grueso cuerpo á tanta altura como aquel se lo permitia.

La vida social de los monos tiene muchos atractivos para el observador: pocas especies viven solitarias; la mayor parte de ellas se reunen en numerosas manadas, y cada una elige un dominio fijo mas ó menos extenso, siempre en paises que reunan todas las condiciones favorables, sobre todo bajo el punto de vista del alimento. Cuando este falta, la tribu se va mas lejos. Los bosques próximos á los lugares habitados por el hombre, y en los que se encuentran plantíos de maiz, de caña de azúcar, de plátanos y de árboles frutales, son para los monos un verdadero paraíso. No desprecian tampoco los pueblos donde una necia superstición prohíbe á todo el mundo castigar á esos atrevidos ladrones. Cuando la manada se ha convenido respecto al punto en que debe fijarse, comienza la verdadera vida del mono, con sus placeres y pasatiempos, sus disputas y sus batallas, sus necesidades y miserias. El macho mas fuerte de la tribu se erige en jefe, en *guía*, pero no alcanza este honor por el *sufragio* de los demás individuos, sino que lo adquiere á fuerza de luchas y combates con los otros machos viejos, que son rivales suyos. Los dientes mas largos y los brazos mas fuertes, así en los monos como en los hombres, deciden de la victoria; el que no quiere someterse de buen grado, se rinde á la fuerza, de modo que el dominio es del que mas puede, y el mas sabio es aquel que tiene colmillos mas largos. El jefe exige una obediencia absoluta y la obtiene en todos los casos.

Es poco decente, poco caballero, con lo que podríamos llamar su sexo débil, demostrando impetuosamente sus sentimientos amorosos. El *jus prima noctis* (derecho de la primera noche) le pertenece tambien. Se hace patriarca de un pueblo y su familia se aumenta como las arenas en el mar. Sultan celoso y brutal, se arroga un derecho exclusivo sobre todas las hembras, aleja á las que son discolas y se considera padre de la tribu. Cuando la colonia llega á ser demasiado numerosa destácase una parte de ella bajo la dirección de otro macho, que se cree ya bastante fuerte para habérselas con el jefe, y entonces comienza una nueva pelea, que tiene por objeto alcanzar el mando de la nueva manada que acaba de formarse. Siempre hay lucha allí donde se encuentran varios individuos que aspiren al mismo fin. Entre los monos no se pasa un solo día sin que haya disputas y combates; y basta observar una tribu corto rato para ver que la discordia reina siempre en ella.

El jefe, ó guía, desempeña su cargo dignamente; el aprecio que sabe conquistarse exalta su amor propio, comunicándole cierta superioridad de que carecen sus súbditos, los cuales le

hacen siempre la corte. Hasta se da el caso de que algunas hembras se esfuerzen por recibir de su jefe el mas insignie favor que un mono puede dispensar ú obtener: algunas de ellas se ocupan con la mayor solicitud en limpiarle el pelo, quitándole los parásitos incómodos, y aquel se presta á la operación con un aire majestuoso, verdaderamente grotesco. En cambio vela el jefe por la seguridad comun, y por lo tanto es el mas circunspecto de todos los individuos; sus miradas vagan continuamente de un punto á otro, su desconfianza se extiende á todo y casi siempre descubre á tiempo el peligro que amenaza á su tribu.

El lenguaje de los monos parece bastante variado, ó cuando menos nótese, que cada mono expresa con sonidos diferentes sus diversas impresiones. El observador llega á comprender pronto la significación de los sonidos que emite un guía para conducir su manada y el grito de terror que ordena la fuga. Este último, tan difícil de describir como de imitar, consiste en una serie de sonidos cortos, ahogados, y por decirlo así, temblones y discordantes, á los cuales dan mas expresión las contracciones de la cara. Apenas se oye, toda la manada emprende la fuga: las madres llaman á sus pequeños, que se cogen á ellas al momento, y cargadas con su dulce peso, trepan rápidamente el primer árbol ó la primera roca vecina.

El mono jefe va delante sirviendo de guía; la retirada se ejecuta con una rapidez extraordinaria; solamente cuando el jefe recobra su tranquilidad, la manada se vuelve á reunir y comienza de nuevo el saqueo interrumpido.

Sin embargo, no huyen todos los monos ante el enemigo: los mas fuertes hacen frente á los carnívoros mas temibles, y aun al hombre, doblemente peligroso para ellos, y entonces traban combates cuyo resultado es muchas veces incierto. Los grandes monos, los cinocéfalos, por ejemplo, tienen en sus dientes armas tan terribles, que pueden muy bien aceptar la lucha con un enemigo solo, mientras que los monos pequeños se defienden en masa, socorriéndose mutuamente con una abnegación digna de elogio. Las hembras no se batan sino cuando se ven obligadas á defender su vida ó la de sus hijos, y entonces luchan con tanta bravura como los machos. La mayor parte de los monos se valen de sus manos y dientes, con los que desgarran y muerden; pero algunos autores han asegurado que á veces se sirven de gruesas ramas á guisa de palos. Lo cierto es, que desde la altura donde se refugian, arrojan á sus adversarios piedras, frutos y pedazos de madera. Ningun indígena, sobre todo si no lleva un arma de fuego, se atreverá á medirse con el cinocéfalo; los orangos, y particularmente los gorilas, son tan fuertes y peligrosos, que cuando el cazador se bate con alguno de ellos, no puede servirse de su escopeta sino para la defensa, y nunca para el ataque. La rabia excesiva de los monos, que multiplica sus fuerzas, es muy de temer, y su gran destreza priva muchas veces al cazador de una coyuntura para dar á su enemigo un golpe mortal.

Si se hallan cautivas, todas estas especies viven en buena armonía, y obsérvanse entonces las mismas leyes dominantes que rigen en una colonia libre, es decir, que el mas fuerte conserva siempre su imperio sobre los demás. Las demostraciones de ternura son impropias del mono; predomina en él siempre la insolencia, aun tratándose de sus hijos á quienes tanto quiere. Las grandes especies protegen á las mas pequeñas, y los machos rivalizan con las hembras para cuidarlas. Estas últimas suelen recoger tambien los hijos perdidos ó los pequeños mamíferos si los pueden llevar en brazos, y el macho se muestra tan cariñoso con ellos como malo y perverso con todos los demás animales.

La mayor parte de las hembras no dan á luz mas que un

pequeño cada vez, si bien hay algunas especies que paren dos. El recién nacido es siempre un sér hediondo, cuyos miembros parecen dos veces mas largos que los de sus padres; su cara, llena de arrugas y de pliegues, se parece mas bien á la de un viejo que á la de un niño; pero este pequeño monstruo hace las delicias de su madre, que le acaricia y le cuida con tales demostraciones, que su amor parece hasta ridículo. Algun tiempo despues de su nacimiento, el joven mono se suspende con sus dos manos anteriores del cuello de la madre, mientras que con las posteriores abraza los costados, y toma así la posición menos incómoda para la nodriza y mas conveniente para que se le amamante. Cuando es algo mas grande, y en caso de peligro, salta sobre la espalda de uno de sus padres.

El monito es al principio insensible á todas las caricias de su madre, que por lo mismo se muestra mas cariñosa con él, cuidándole con la mayor solicitud. Tan pronto le lame como le peina, y le estrecha contra su corazón, ó bien le tiende entre sus brazos para contemplarle mas á su sabor, y se le acerca al pecho ó le mece cual si quisiera dormirle. Plinio asegura muy formalmente que las hembras ahogan algunas veces á sus pequeños á fuerza de acariciarlos, pero en nuestros días no se ha dado nunca ese caso. Al cabo de poco tiempo comienza el monito á tener cierta independencia y adquiere un poco mas de libertad; su madre le deja dueño de sus acciones, permitiéndole jugar con los demás pequeños de su especie, mas no aparta de él la vista un momento; sigue todos sus pasos, vigila sus actos y le impide comer todo aquello que pueda hacerle daño. Al menor peligro, precipitase hácia él lanzando un grito particular, que es la señal para que vaya á refugiarse en sus brazos, y cuando desobedece, cosa que sucede rara vez porque los monos jóvenes son por lo general muy sumisos, le castiga pellizcándole ó sacudiéndole con fuerza, y hasta llega el caso de darle verdaderos bofetones.

Durante la cautividad, la madre comparte fielmente su alimento con el pequeño, se interesa en todo lo que le sucede y le da tiernas pruebas de afecto; la muerte de aquel sér querido ocasiona fatalmente la suya, pues la profunda pena que le causa semejante pérdida, acaba con su existencia. Cuando muere una madre, cualquier individuo de la banda, bien sea macho ó hembra, adopta el huérfano, dándole tantas pruebas de cariño como si fuera de su propia progenie; mas no sucede lo mismo cuando un mono adopta el hijuelo de otro animal, pues su conducta es entonces un verdadero enigma. Mientras que por un lado le atiende con la mayor solicitud, le estrecha contra el corazón, le limpia, le peina y vela sobre él de continuo, por otro no le da nada de comer; le quita, por el contrario, sin el menor escrúpulo, el alimento que le estaba destinado, ó le aparta la escudilla que le habian puesto delante. Varios cinocéfalos y cercopitecos que habian adoptado perrillos y gatitos, me han dado á conocer con frecuencia este hecho.

No se sabe á punto fijo qué número de años exige el completo desarrollo de los monos; pero este tiempo debe variar necesariamente y ser mas largo para las grandes especies que para las pequeñas; en los cercopitecos y los monos americanos la duración del crecimiento es de tres á cuatro años, y los orangos y cinocéfalos necesitan probablemente de ocho á doce para alcanzar su completo desarrollo, pues apenas mudan los dientes mas pronto que los hombres. Parece que en la vida libre, los monos están poco sujetos á enfermedades, no pudiendo darse crédito á lo que se ha dicho sobre las epidemias que en épocas anteriores habrían reinado entre ellos. No se tiene tampoco un conocimiento exacto acerca del límite extremo de su edad, suponiéndose tan solo que los